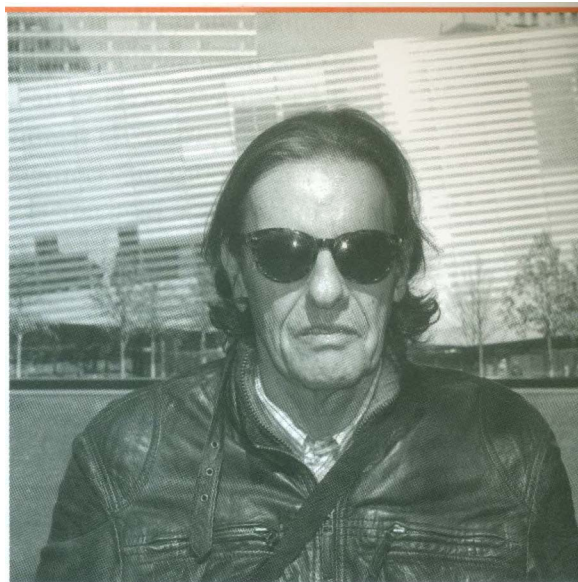


La sociología útil y la sociología crítica

Gonzalo Portocarrero¹



1. ¿Cómo categorizarías la evolución que ha tenido tu disciplina de estudios en los últimos cincuenta años en el Perú? Considerando los hitos más importantes.

Para responder tu pregunta tendríamos que partir sobre lo que son las funciones de la sociología, que son también, en general, las de todas las ciencias humanas. Por un lado, tenemos la función de fundamentar de una manera científica la política, tratando de que la acción sea eficiente, en tanto parte de un diagnóstico que re-vela lo que es una situación, sus problemas y los modos más eficaces de enfrentarlos. Pero junto con este desempeño tenemos otra función; la función crítica-utópica, que consiste en señalar lo que anda mal, en concentrarse en el síntoma, entendi-do como aquello que cojea, lo que produce un malestar que, con frecuencia, ni siquiera llega a expresarse.

Entre estas funciones hay una cierta tensión, pues una apunta a afianzar la gobernabilidad, mientras que la otra procura desestabilizar, o cuestionar, los poderes establecidos, mostrando sus limitaciones. En el caso específico del Perú, la sociología nace con la idea de ayudar a la gobernabilidad porque surge de la inquietud que produce una realidad que no se conoce pero que cambia aceleradamente; se trata pues de una realidad que es sentida como muy incierta y hasta amenazante. Y que es necesario poner en la vereda del «desarrollo». En especial,

1. Entrevista realizada por Sebastián Argüelles en mayo de 2014 y revisada por el entrevistado.

las migraciones y la proliferación de los pueblos jóvenes impulsan la idea de que se debe hacer algo, no se podía permanecer como un espectador pasivo.

La primera vocación de la sociología fue facilitar la gobernabilidad. No obstante, muy pronto, la segunda función, la de ser conciencia crítica, se hace cada vez más importante. Entonces, el mandato es analizar la realidad para denunciar las injusticias y preparar el camino para un cambio radical. Hablamos de una época cuando en toda América latina, el marxismo, como la última oleada del mesianismo judío cristiano, adquiere una fuerza gravitante, sobre todo en la juventud. Es la época en que el Che Guevara aparece como una figura de santidad y compromiso, cuando el militante es el modelo de identidad más prestigioso. Eran tiempos de mucho idealismo y gran desprendimiento.

Entonces, la sociología se convierte en eminentemente crítica, hasta incluso dogmática. La investigación se reduce al intento de justificar/comprobar los presupuestos de la acción política. Esta tendencia se acentúa en la universidad nacional. En la PUCP se mantienen un poco más los matices, de tal manera que, siendo dominante la orientación crítica, también hay espacio para la construcción inductiva de conocimientos más específicos. Este dominio de la orientación crítica cubre desde principios de los años setenta, hasta mediados o fines de los ochenta. En todo caso, con la caída del muro de Berlín, y el retroceso de una perspectiva de cambio radical, se abre paso una orientación más tecnocrática, en la que se ignora el mandato moral que da sentido a la función crítica. Creo que se ha perdido la tensión, y el necesario equilibrio, pues ahora la consigna de lo «accionable», lo útil y aplicado, dan por resultado un quehacer menos reflexivo, menos inter-disciplinario. Creo que el momento más interesante de la sociología estuvo en este periodo donde la orientación crítica fue prevalente y donde trató de pensar-se el futuro del país a la luz de sus exigencias de justicia, cambio radical y belleza.

No quiero mistificar esa época pues, como señalé, hubo demasiado dogmatismo y simplificación. En todo caso ahora estamos en un periodo de estudios más especializados y técnicos. Eso se refleja también en el plan de estudios, en las expectativas de los estudiantes y en la formación de los profesores.

2. *En ese contexto, ¿cuál crees que ha sido el aporte de la Facultad de Ciencias Sociales en la sociología? ¿Podrías identificar algunos logros o pasivos?*

Creo que hay opiniones que se han vuelto parte del sentido común y que tuvieron su origen en las ciencias sociales. Te pondría tres ejemplos que me parecen muy importantes: el primero, el del racismo. Hasta fines de los años ochenta el

Perú no se admitía como una sociedad racista, sino al contrario: la idea era que el Perú era sociedad mestiza, donde la raza no tenía ninguna importancia. Entonces, esta representación venía a «invisibilizar» la realidad de los comportamientos discriminatorios; los naturalizaba, los silenciaba, los hacía impronunciables. Recién con el conflicto armado se comenzaron a dar las circunstancias para darnos cuenta de que vivimos en una sociedad espantosamente racista.

El primer trabajo que inaugura la identificación y la denuncia del racismo es el de Alberto Flores-Galindo, «República sin Ciudadanos», que es del año 1987. Alberto Flores-Galindo era historiador, pero no es casualidad que estuviera en el Departamento de Ciencias Sociales, que enseñara en Sociología. Y aunque fallece muy joven deja una obra, una escuela y una agenda que ha nutrido la reflexión sobre nuestra sociedad. En realidad, la función crítica que Flores-Galindo representa, en la mejor de sus posibilidades, tiene como interlocutor, no tanto los poderes establecidos, sino el sentido común, la opinión pública, a la que trata de influir mediante la introducción de nuevas perspectivas que hagan visibles lo que la sociedad ha negado. Se trata de un trabajo de persuasión por medio del cual se hace ver a la gente lo que ella tiene a su alrededor, pero sin que hasta ese momento se de cuenta.

Otro ejemplo muy relacionado con la «visibilización» y crítica del racismo es la revaloración de lo andino. Hasta fines de los años setenta y principios de los ochenta lo andino era sinónimo de arcaico, un lastre en el desarrollo, lo que no tiene ningún futuro. En este aspecto es clave el trabajo de los antropólogos. A fines de los años setenta, Basadre dice que el hecho más importante de la cultura peruana del siglo XX es justamente la centralidad que va cobrando lo indígena en la intelectualidad peruana. Y el papel de la academia, y de la PUCP, en este proceso ha sido muy importante.

Un tercer ejemplo de lo mismo se refiere al concepto de género que surge de la confluencia entre la academia y los movimientos sociales. En la universidad la dominación patriarcal estaba «invisibilizada», vista como algo natural, existente desde siempre, no cuestionable, imposible de cambiar. A partir de mediados de los años setenta, se hace evidente que ello no es así, que la dominación patriarcal no es una esencia genética inmutable, sino que es una injusticia histórica que se puede cambiar. Entonces hoy día la idea de género y la expectativa de una equidad en las relaciones entre los sexos, se ha infiltrado en el sentido común. Actualmente ya no sería de buen gusto decir que las mujeres no tienen razón válida para estar en la universidad. Afirmación que era una opinión corriente en los años sesenta.

Entonces, desde la función crítica se han hecho contribuciones muy importantes para que la sociedad peruana se conozca mejor a sí misma y emerja un horizonte de justicia para todos los peruanos y peruanas. Esta transformación del sentido común es lenta pero decisiva.

3. *¿Cómo crees que va ir la conversación teórica de la sociología en los próximos cincuenta años? ¿Te atreverías a proponer algunas tendencias o algunas líneas de investigación?*

Yo creo que las disciplinas son ahora realidades y, sobre todo, tradiciones que han perdido mucho de su fundamentación conceptual y de su productividad informativa. Siguen siendo, digamos grupos, o tribus, que tienen una identidad en torno a una cierta historia, una cierta memoria, unos ciertos autores y un cierto tipo de método. Pero, en lo sustantivo, la idea que gana fuerza es que no se puede pretender conocimientos complejos desde especializaciones particulares. Surge entonces la necesidad de lo interdisciplinario o de lo transdisciplinario. No creo que las disciplinas se diluyan pero sí me parece claro que las aduanas se van a desvanecer en función de analizar los problemas concretos con que la realidad nos confronta. El recelo tribalista es anticientífico y muy poco inteligente.

En el mismo sentido, es necesario dialogar con las neurociencias y abrirse a la biología, pues está visto que los seres humanos no solamente somos mentes depositadas en cuerpos, sino que ante todo somos organismos; y la relación entre cuerpo y la mente es justamente el tema central de las neurociencias. Ahora, a diferencia de lo que ocurría hace quince años, es posible correlacionar las emociones con el funcionamiento cerebral. Y aunque las líneas de causalidad no estén claras, sí podemos saber, por ejemplo, que la atrofia del juicio moral tiene como correlato el «apagón» de una parte del cerebro. Otro diálogo necesario surge de lo que ocurre en nuestro planeta: el calentamiento global y la depredación de la naturaleza. Entonces, la geografía y la ecología tienen que ser parte del plan de estudios de Sociología. Tenemos que cambiar nuestros modos de pensar y sentir nuestra relación con la naturaleza.

De otro lado, también desde las ciencias de la vida nos viene una noción renovada de sistema. Las realidades son complejas en el sentido que integran una multitud de elementos en una interdependencia que define a cada uno de los elementos que son parte del sistema. Las ideas de tensión, equilibrio y autopoiesis son fundamentales para razonar lo social como un sistema. Como un conjunto que tiende a la autorregulación, según principios que tenemos que discernir.

4. *Si pudieras elegir un hecho histórico en los últimos cincuenta años relacionado con la sociología, donde esta haya tenido un aporte sustancial ¿Qué hecho elegirías?*

No tiene sentido aislar los cambios que puede haber traído una disciplina específica. Los cambios sociales sintetizan múltiples causalidades. Creo que lo más importante en estos últimos años ha sido la toma de conciencia de que mucho de lo que parecía como realidad natural es una construcción histórica y social. Estoy hablando del auge del relativismo y de la deconstrucción. Auge que tiene sus límites e inconvenientes, pero este es otro tema.

El hecho es que no sentimos la realidad como algo sólido, natural y estable. Ahora nos damos cuenta que lo permanente es el cambio. A veces intencional, y a veces imprevisto. Por tanto, hablar de representaciones sociales quizás no sea un término adecuado. No es que exista una realidad «objetiva» que sea representada a la manera en que una pintura naturalista se esfuerza por reproducir exactamente la realidad. No hay fundamentos que precedan las construcciones espirituales sino que son estas mismas las que dan forma al mundo que llamamos objetivo, porque nos hemos olvidado que nosotros mismos lo hemos creado. En este sentido el lenguaje es un poderoso instrumento de creación de realidad. El poder creador de las palabras se hace evidente en el caso de los discursos fundadores.

5 *¿Algo más que te gustaría añadir?*

Subrayar que tiene que manejarse de una manera creativa la tensión entre ser útil y ser crítico, porque si nos quedamos solamente en ser útiles, lo que vamos a tener es una sociología absurdamente divorciada de las humanidades, de una reflexión sobre los fines de la existencia humana, alienada de la razón de su ser. Pero tampoco podemos ser solo críticos, pues cultivamos un saber que es muy útil y que tiene la capacidad de mejorar nuestra realidad cotidiana. La sociología como toda empresa científica tiene que manejar creativamente la tensión irreductible entre mejorar la vida y transformar la vida.

GONZALO PORTOCARRERO MAISCH nació en Lima, Perú. Estudió Letras en nuestra casa de estudios y sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Gonzalo es doctor en la misma especialidad por la Universidad de Essex en el Reino Unido y máster por la FLACSO de Santiago de Chile. Es profesor principal del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP, de cuya Facultad de Ciencias Sociales ha sido además decano. Asimismo ha sido profesor visitante en diversas universidades de América Latina, Europa y Estados Unidos. Se ha desempeñado también como presidente de la Comisión Nacional por el Centenario del Natalicio de José María Arguedas. Gonzalo se ha especializado, entre otros, en temas de cultura peruana, lo que se ve reflejado en sus trabajos y publicaciones. Es autor de numerosos libros, entre los que podemos encontrar *Profetas del odio* publicado por la PUCP el año 2012, *Oído en el silencio, ensayos de crítica cultural*, a cargo de la Red de Ciencias Sociales el 2010 y *Sacajojos: crisis social y fantasmas coloniales*, publicación llevada a cabo en Lima, el año 1991, en coautoría con Isidro Valentín y Soraya Irigoyen.